

importancia, a saber, que casi siempre se trata de adiciones superficiales, que no llegan al núcleo morfológico de la lengua. Mientras los testimonios históricos directos con que contamos no nos ofrezcan ejemplos realmente convincentes de una profunda influencia morfológica debida a la diseminación de rasgos estructurales, haremos bien en no confiar demasiado en las teorías de la difusión.

En términos generales diremos, pues, que las principales coincidencias y divergencias de las formas lingüísticas —sistema fonético y morfología— son producto de la corriente autónoma de transformación del lenguaje, no de rasgos aislados y diseminados que se agrupan al acaso en un lugar o en otro. El lenguaje es quizá el fenómeno social que más se resiste a influencias extrañas, el que más se basta a sí mismo. Es más fácil suprimir del todo una lengua que desintegrar su forma individual.

⑥

Sapir, Edward. 1984 (1954).

*El lenguaje: Introducción al estudio del habla.*

Capítulo 10.

en el alto chinook, debida evidentemente a la influencia de las vecinas lenguas sahaplin. Otro caso es el del takelma, que emplea prefijos instrumentales por influencia de las lenguas hokan (shasta y karok) que se hablan en las inmediaciones.

E. Sapir

X

## LENGUAJE, RAZA Y CULTURA

EL LENGUAJE tiene su escenario. Las personas que hablan una lengua pertenecen a determinada raza (o a diversas razas), es decir, a un grupo que difiere de otros por ciertas características físicas. Además, las distintas lenguas no se dan independientemente de la cultura, esto es, del conjunto de costumbres y creencias que constituye una herencia social y que determina la textura de nuestra vida. Los antropólogos suelen estudiar al hombre bajo tres aspectos: raza, lengua y cultura. Cuando se enfrentan a una zona natural como el Africa o como las islas de los mares del Sur, comienzan por dividirla de acuerdo con estos tres puntos de vista. Sus estudios responden a las siguientes preguntas: 1) ¿Cuáles son las principales especies en que se divide el animal humano desde el punto de vista biológico (por ejemplo, el negro del Congo, el blanco de Egipto; el australiano de piel oscura, el polinesio) y dónde se encuentran? 2) ¿Cuáles son los grupos lingüísticos, las "familias lingüísticas" que abarcan mayor cantidad de lenguas, y cómo está distribuida cada una de esas familias (por ejemplo, las lenguas camíticas del Norte de Africa, las bantú del Sur; las lenguas malayo-polinesias de Indonesia, Melanesia, Micronesia y Polinesia)? 3) ¿Cómo pueden clasificarse, desde el punto de vista de la cultura, los habitantes de la zona estudiada? Es decir, ¿cuáles son las principales "zonas culturales" y qué ideas predominan en cada una de ellas (cultura mahometana al Norte de Africa; cultura primitiva no agrícola, sino de cazadores, entre los bosquimanos de Sudáfrica; cultura físicamente pobre, pero rica en ceremonias rituales, entre los indígenas australianos; cultura más adelantada y más especializada en Polinesia, etc.)?

El hombre de la calle no se detiene a meditar en la

posición que ocupa dentro del esquema general de la humanidad. Se da cuenta de que representa una parte vigorosamente integrada del género humano —concebido unas veces como “nacionalidad” y otras como “raza”—, y que todo lo que le pertenece a él, en cuanto representante típico de ese grupo, forma en cierto modo un conjunto bien integrado. Si se trata de un inglés, se considerará miembro de la raza “anglosajona”, de la cual es expresión la lengua inglesa. La ciencia, en cambio, es más fría: lo que trata de saber es si esos tres tipos de clasificación —racial, lingüística y cultural— son coherentes, si su asociación es inherente y forzosa o sólo un asunto de historia externa. La respuesta a tales interrogaciones no favorece mucho a los que tienen una preferencia sentimental por la “raza”. Los historiadores y los antropólogos han llegado a la conclusión de que las razas, las lenguas y las culturas no están distribuidas en forma paralela, que las zonas de distribución de los tres aspectos se entrecruzan de la manera más desconcertante, y que la historia de cada uno de ellos es muy distinta de la de los demás. Las razas tienden a mezclarse en forma muy diferente de como se mezclan las lenguas; éstas, por su parte, suelen traspasar sus fronteras primitivas e invadir el territorio de otras razas y de otras esferas culturales. Hasta puede ocurrir que una lengua desaparezca del lugar que le dió origen y sobreviva en pueblos violentamente hostiles contra los individuos a quienes pertenecía esa lengua como patrimonio original. Por otra parte, los accidentes de la historia están reajustando de manera continua las fronteras de las zonas culturales, sin que por eso desaparezcan forzosamente las divisiones lingüísticas. Debemos convencernos, de una vez por todas, de que las razas, en su único sentido coherente, que es el biológico, son soberanamente indiferentes a la historia de las lenguas y de las culturas, de que para dar una explicación de éstas es tan inútil la raza como las leyes de la física y de la química. Sólo así llegaremos a tener una perspectiva que, si bien

concede cierta atención a los conceptos místicos de “genio eslavo”, “mentalidad anglosajona”, “teutonismo”, “alma latina”, etc., se niega rotundamente a caer en la trampa de alguno de ellos. No hay mejor manera de desinflar esos prejuicios sentimentales que ponerse a estudiar de cerca la distribución de las lenguas y la historia de esa distribución.

Es fácil demostrar que un grupo de lenguas no corresponde necesariamente a un grupo racial ni a una zona cultural. Más aún: podemos hacer ver que una sola lengua se habla entre distintas razas y distintas culturas. No es una raza única la que habla la lengua inglesa. En los Estados Unidos hay varios millones de negros que no conocen otro idioma; el inglés es su lengua materna, la vestidura de sus sentimientos y pensamientos más íntimos, es tan “de ellos”, les pertenece tanto como al mismísimo rey de Inglaterra. Y, por su parte, los hombres blancos de habla inglesa que viven en los Estados Unidos no constituyen tampoco una raza única y bien definida, a no ser que se pueda decir eso por contraste con la raza negra. Según la antropología física, hay en Europa tres razas blancas principales, que son la báltica o del Norte de Europa, la alpina y la mediterránea: pues bien, cada una de estas razas tiene en los Estados Unidos gran número de representantes, los cuales, por supuesto, son de habla inglesa. Sin embargo, ¿no cabría decir que el núcleo histórico de los pueblos que hablan inglés, que esos hombres relativamente “no mezclados” que aún residen en Inglaterra y en sus colonias representan una raza única y pura? No hay, que yo sepa, prueba alguna en apoyo de semejante hipótesis. Los ingleses constituyen una amalgama de muchos grupos raciales diferentes. Además del antiguo elemento “anglosajón”, esto es, germánico del Norte, considerado por lo común como grupo básico de la población, la sangre inglesa incluye elementos franco-normandos,<sup>1</sup> escandina-

<sup>1</sup> Que a su vez son una amalgama de elementos del Norte de Francia con elementos escandinavos.

vos, "célticos"<sup>2</sup> y pre-célticos. Si entre los "ingleses" incluimos también a los escoceses y a los irlandeses,<sup>3</sup> estamos aplicando el término "celta" a dos elementos raciales muy diversos, si es que no a más: el tipo galés, de baja estatura y piel morena, y el tipo de los Highlands y de varias partes de Inglaterra, que es más alto, más rubio y a menudo pelirrojo. Aun limitándonos al elemento sajón, que, por supuesto, nunca se da en forma "pura", nos topamos con dificultades. Hablando sin ningún afán de precisión, podemos identificarlo con el tipo racial que hoy predomina en la parte meridional de Dinamarca y en las regiones adyacentes de la Alemania septentrional. Si esta identificación es acertada, tendremos que resignarnos a admitir que, de las tres lenguas históricamente emparentadas con el inglés, la menos cercana es el escandinavo (la más próxima es el frisón, y le siguen los demás dialectos germánicos occidentales: el bajo sajón o Plattdeutsch, el holandés, el alto alemán), y que el tipo racial específicamente "sajón" que invadió a Inglaterra en los siglos v y vi coincidía a grandes rasgos con el tipo representado en nuestros días por los daneses, que hablan una lengua escandinava; la población de la Alemania

<sup>2</sup> La sangre "céltica" de los hombres que viven en lo que ahora es Inglaterra y Gales no se encuentra únicamente en las regiones de habla céltica (País de Gales y, hasta hace poco, Cornualles). Todo parece mostrar que las tribus germánicas invasoras (anglos, sajones, jutos) no exterminaron a los celtas "británicos" de Inglaterra ni los forzaron a emigrar a Gales y Cornualles en su totalidad (los manuales de historia se empeñan siempre en desterrar a los pueblos vencidos a los reductos de las montañas y a los rincones más apartados), sino que se mezclaron con ellos y se limitaron a imponerles su lengua y su gobierno.

<sup>3</sup> De hecho, no hay manera de separar del todo a ingleses, escoceses e irlandeses. Estos términos tienen un valor más sentimental que propiamente racial. Ha habido mezcla continua durante siglos, y sólo en las regiones apartadas encontramos tipos relativamente puros, como los escoceses de los Highlands en las Hébridas. En los Estados Unidos los elementos ingleses, escoceses e irlandeses se han mezclado de manera inextricable.

central y meridional que habla el alto alemán<sup>4</sup> tiene, en cambio, un carácter muy distinto.

Ahora bien, ¿qué ocurre si hacemos caso omiso de tan sutiles distinciones y damos por averiguado que la distribución del tipo racial "teutónico" o báltico o europeo septentrional coincidió con la de las lenguas germánicas? ¿Acaso no estamos pisando terreno seguro? No: la situación se nos complica ahora más que nunca. Por principio de cuentas, la mayor parte de la población de habla alemana (Alemania central y meridional, la Suiza Alemana, la Austria alemana) no pertenece a la raza "teutónica", alta, rubia y de cabeza alargada,<sup>5</sup> sino a la raza alpina, de menor estatura, de piel más morena y de cráneo más bien redondo,<sup>6</sup> representada también por los habitantes del centro de Francia, por los suizos de habla francesa y por muchos grupos eslavos del Occidente y del Norte (por ejemplo, los bohemios y los polacos). La distribución de esas poblaciones "alpinas" corresponde en parte a la de los antiguos "celtas" del continente europeo, cuya lengua cedió en todas partes a la presión itálica, germánica y eslava. Lo mejor será no emplear para nada la expresión "raza céltica", pero, si se nos forzara a darle un contenido, quizá deberíamos aplicarla en términos generales a los pueblos alpinos del Occidente y no a los dos tipos isleños antes mencionados, aunque estos últimos, es cierto, se asimilaron a los celtas en lengua y también, parcialmente, en sangre, del mismo modo como siglos más tarde casi toda Inglaterra y parte de Escocia se "teutonizaron" por influencia de los anglos y de los sajones. Desde el punto de vista lingüístico, los "celtas" de hoy (los gaélicos irlandeses, los galeses, los bretones) son celtas, y la mayor parte de los alemanes de hoy son germanos,

<sup>4</sup> El alto alemán que se habla hoy en el Norte de Alemania no es muy antiguo; es producto de la difusión del alemán oficial, basado en un dialecto alto alemán (el alto sajón), a expensas del Plattdeutsch.

<sup>5</sup> "Dolicocéfala".

<sup>6</sup> "Braquicéfala".

exactamente del mismo modo como los negros norteamericanos, los judíos americanizados, los suecos de Minnesota y los germano-americanos son "ingleses".

A todo esto hay que añadir que la raza báltica no se compone ahora ni se ha compuesto nunca exclusivamente de gentes de habla germánica. Los "celtas" de las regiones más septentrionales, como los escoceses de los Highlands, son con toda probabilidad una rama particular de esa raza. Nadie sabe qué idiomas hablaban esos pueblos antes de asimilarse a los celtas, pero no hay testimonio alguno que nos incline a pensar que su lengua fuera germánica; puede haber diferido tanto de todas las lenguas indoeuropeas conocidas como difieren actualmente de ellas el vasco y el turco. Por otra parte, al Este de la zona habitada por los escandinavos hay pueblos no germánicos de raza báltica, los finlandeses y otros pueblos afines, cuyos idiomas, a lo que se sabe, no parecen tener relación alguna con el indoeuropeo.

Y no es esto todo. La situación geográfica de las lenguas germánicas<sup>7</sup> hace pensar que, con mucha probabilidad, proceden de un dialecto indoeuropeo (quizá de un prototipo celto-itálico) que en época muy remota fué trasplantado a un pueblo báltico cuyo idioma o grupo de idiomas no estaba emparentado con el indoeuropeo.<sup>8</sup> Esto equivale a decir que el inglés no sólo es

<sup>7</sup> Si sacamos conclusiones retrospectivas de los datos que tenemos a la mano, resultará que probablemente esas lenguas se limitaban en un principio a una zona más o menos reducida del Norte de Alemania y de Escandinavia. Es evidente que esa región queda al margen de la zona total ocupada por los pueblos de habla indoeuropea. Parece que hacia el año 1000 antes de nuestra era su centro de gravedad se situaba al Sur de Rusia.

<sup>8</sup> Es cierto que esto no pasa de ser una teoría, pero los testimonios técnicos que la apoyan son más vigorosos de lo que podría suponerse. Es asombrosa la cantidad de palabras germánicas comunes y características que no pueden asociarse con ningún elemento radical indoeuropeo conocido; es posible que se trate de vestigios de la hipotética lengua pre-germánica. Entre esas palabras se cuentan, por ejemplo, las inglesas *house* ['casa'], *stone*

hoy patrimonio de diversas razas, sino que parece probable que su prototipo haya sido en un principio una lengua extraña a la raza con la cual se asocia preponderantemente. No nos hagamos ilusiones: el inglés, lo mismo que el grupo de lenguas a que pertenece, no es en modo alguno expresión de la raza; no encarna cualidades que reflejen el temperamento —el "genio"— de un tipo especial de seres humanos.

Aún podríamos aducir, si tuviéramos espacio para ello, muchos otros ejemplos, todavía más notables, de esa falta de correspondencia entre la raza y la lengua. Bástenos citar un caso más. Las lenguas malayo-polinesias constituyen un grupo bien definido, localizado en el extremo meridional de la Península Malaya y en el vastísimo archipiélago que se extiende hacia el Sur y el Oriente (con excepción de Australia y de la mayor parte de la Nueva Guinea). En esta enorme zona encontramos nada menos que tres razas diferentes: los papúes, raza negroide que habita la Nueva Guinea y la Melanesia, la raza malaya de Indonesia y la raza polinesia de las islas periféricas. Los polinesios y los malayos hablan lenguas del grupo malayo-polinesio, y las lenguas de los papúes pertenecen en parte a ese mismo grupo (idioma melanesio) y en parte a las lenguas —no emparentadas con él— de la Nueva Guinea (lenguas "papúes").<sup>9</sup> A pesar de que las razas que más difieren una de otra en esta región son la papúa y la polinesia, la principal división lingüística está entre el malayo, por una parte, y el melanesio y el polinesio, por la otra.

Con la cultura ocurre lo mismo que con la raza. En un nivel de vida primitiva, en el cual no interviene el poder unificador de ideal "nacional",<sup>10</sup> que es el que

['piedra'], sea ['mar'], *wife* ['mujer'] y sus correspondientes alemanes *Haus*, *Stein*, *See* y *Weib*.

<sup>9</sup> Sólo en la zona más oriental de esta isla hay papúes de habla melanesia.

<sup>10</sup> Una "nacionalidad" constituye un gran grupo sentimentalmente unificado. Los factores históricos que producen el senti-

suele trastornar el curso de lo que podríamos llamar las distribuciones naturales, es particularmente fácil demostrar que la lengua y la cultura no se encuentran ligadas por una asociación forzosa. En una misma cultura entran a menudo lenguas disímiles, y otras veces ocurre que lenguas muy emparentadas —o aun una sola lengua— pertenezcan a esferas culturales distintas. Los pueblos aborígenes de la América del Norte nos ofrecen muchos y excelentes ejemplos. Así, las lenguas athabaskas constituyen uno de los grupos más uniformes, de estructura más peculiar de que tengamos noticia.<sup>11</sup> Los pueblos que se sirven de estas lenguas pertenecen a cuatro zonas culturales distintas: en el Oeste del Canadá y en el interior de Alaska (indios loucheux y chipewyanos) predomina una cultura simple, de cazadores; en las Llanuras (indios de raza sarcee), los habitantes se dedican a la cría del búfalo; en el Sudoeste (indios navajos) hay una cultura de marcado ritualismo, y en el Noroeste de California (indios de raza hupa), una cultura peculiarmente especializada. La capacidad de adaptación cultural de los pueblos de habla athabaska contrasta de manera curiosa con su renuencia a aceptar influjos extraños en su lengua.<sup>12</sup> Los indios hupas son típicos representantes de la zona cultural a que pertenecen. Los indios yurok y los in-

miento de unidad nacional son de índole muy diversa: factores políticos, culturales, lingüísticos, geográficos, y en algunos casos religiosos. A veces entran también en juego factores raciales, aunque el acento que se carga sobre la "raza" tiene por lo común un valor más bien psicológico que estrictamente biológico. En las regiones dominadas por el sentimiento nacional, la lengua y la cultura tienden a uniformarse y a particularizarse: de ahí que cuando menos las fronteras lingüísticas y culturales suelen coincidir. Pero aun en el mejor de los casos la unificación lingüística nunca llega a ser absoluta, y, por su parte, la unidad cultural es muchas veces superficial, de carácter más bien político, no profundo ni significativo.

<sup>11</sup> Ni siquiera las lenguas semíticas, por peculiares que sean, nos ofrecen señales más características que las que encontramos en este grupo.

<sup>12</sup> Véase *supra*, p. 223.

dios karok, que habitan en las cercanías, tienen la misma cultura que los hupas; hay entre las tres tribus un intenso intercambio, a tal grado que cuando en una de ellas se celebra una ceremonia religiosa asisten las otras dos. Es difícil decir qué elementos de su cultura común proceden de una tribu o de otra, pues han llegado a una identificación total de sus sentimientos, de su modo de pensar y de su acción comunal. Y, sin embargo, sus lenguas no sólo no tienen parentesco alguno entre sí, sino que cada cual pertenece a un grupo lingüístico distinto, entre los tres principales que existen en la América del Norte, y que se extienden por vastas zonas del continente. El hupa, como ya hemos visto, pertenece a las lenguas athabaskas, y en cuanto tal se relaciona también, remotamente, con el haida (islas de la Reina Carlota) y con el tlingit (Alaska meridional). Por su parte, el yurok es una de las dos lenguas californianas aisladas de la familia de idiomas algonquines, cuyo centro de gravedad se localiza en la región de los Grandes Lagos. El karok, finalmente, es la lengua más septentrional del grupo hokan, que se extiende muy hacia el Sur, más allá de los límites del Estado de California, y que es pariente lejana de algunas lenguas de las costas del Golfo de México.

Volviendo al inglés, creo que casi todos los norteamericanos estarían dispuestos a reconocer que si entre la Gran Bretaña y los Estados Unidos hay comunidad lingüística, hay también una comunidad cultural. Se suele decir, en efecto, que ambos países tienen en común una herencia cultural "anglosajona"; y sin embargo, ¿no hay acaso una serie de importantes diferencias en el modo de vivir y de sentir, que no se tienen lo bastante en cuenta justamente por esa tendencia de los hombres "cultos" a partir del supuesto de la herencia común? Si los Estados Unidos siguen siendo "ingleses", lo son sólo por la huella o los vestigios de la época colonial. Su cultura tiende ante todo a una evolución autónoma y particular, y, por otra parte, se orienta hacia una fusión con la cultura europea

general, de la cual la cultura de Inglaterra no constituye sino un solo aspecto. No hemos de negar que el hecho de tener una lengua común sigue facilitando y facilitará aún durante mucho tiempo la mutua comprensión cultural entre Inglaterra y los Estados Unidos, pero es imposible no ver que existen otros factores (y algunos de ellos se multiplican con gran rapidez) que trabajan con todas sus fuerzas por contrarrestar esa influencia uniformadora. Ninguna lengua común es capaz de garantizar para siempre una cultura común cuando los factores geográficos, políticos y económicos de esa cultura dejan de ser iguales en toda la zona abarcada por ella.

No existe necesariamente una correlación entre la lengua, la raza y la cultura. Esto no quiere decir que no la haya nunca. De hecho, las divisiones raciales y culturales tienden en cierta medida a coincidir con las demarcaciones lingüísticas, aunque puede ocurrir que estas últimas no tengan la misma importancia que las otras dos. Así, hay una frontera bastante clara entre las lenguas, la raza y la cultura polinesias, por una parte, y las lenguas, la raza y la cultura de los melanesios, por la otra, y esto a pesar de toda una serie de coincidencias.<sup>13</sup> Pero la división racial y la cultural —sobre todo la primera— son de gran importancia, mientras que la división lingüística tiene escaso alcance, puesto que las lenguas polinesias no constituyen más que una subdivisión dialectal del grupo mixto melanesio-polinesio.

Pueden encontrarse coincidencias aún más claras. La lengua, la raza y la cultura de los esquimales difieren en muy gran medida de las de los pueblos vecinos,<sup>14</sup>

<sup>13</sup> Los habitantes de Fijí, por ejemplo, son de raza papúa (negroide), pero por sus afinidades culturales y lingüísticas son más polinesios que melanesios.

<sup>14</sup> Aunque también en este aspecto hay importantes coincidencias: los esquimales que habitan al Sur de Alaska adoptaron la cultura de sus vecinos tlingit. A su vez, en el Noreste de Siberia no hay una frontera cultural claramente delineada entre los esquimales y los chukchi.

y en el Sur de África la lengua, la raza y la cultura de los bosquimanos contrastan aún más con las de sus vecinos de raza bantú. Tales coincidencias tienen, por supuesto, enorme importancia, pero no porque haya una relación psicológica inherente entre los tres factores, entre raza, lengua y cultura. Cuando llegan a coincidir las divisiones, es porque ha habido una asociación histórica fácilmente discernible. Si los africanos de raza bantú difieren tanto de los bosquimanos desde todos los puntos de vista, esto se debe al simple hecho de que los primeros llegaron hace relativamente poco al Sur de África. Los dos pueblos se desarrollaron en total aislamiento uno del otro; su actual vecindad es demasiado reciente para que haya podido actuar poderosamente en el siempre lento proceso de asimilación cultural y racial. Es de suponer que durante muchísimo tiempo había extensos territorios habitados por poblaciones relativamente reducidas, y que el contacto con otras masas de población no era tan intenso y prolongado como llegó a serlo más tarde. El aislamiento geográfico e histórico que produjo las diferencias raciales favoreció también, claro está, la aparición de importantes variaciones en la lengua y en la cultura. El hecho mismo de que, con el tiempo, las razas y las culturas que llegan a tener contacto histórico tiendan a asimilarse unas a otras, mientras que las lenguas de una misma zona geográfica sólo se asimilan una a otra de modo casual y en aspectos puramente superficiales,<sup>15</sup> viene a demostrar que no existe una relación causal profunda entre el desarrollo del lenguaje y el desarrollo específico de la raza y de la cultura.

El lector avisado nos objetará que debe de haber alguna relación entre el lenguaje y la cultura y entre el lenguaje y, por lo menos, ese aspecto intangible de la raza que se suele llamar "temperamento". ¿No es acaso inconcebible que las cualidades colectivas del espíritu que han forjado una cultura no sean exactamente

<sup>15</sup> Cuando una lengua suplanta a otra no se trata propiamente de un caso de asimilación lingüística.

las mismas que han dado lugar al desarrollo de una morfología lingüística particular? Esta pregunta nos lleva a la médula de los problemas más difíciles de la psicología social. Es poco probable que nadie haya llegado hasta ahora a aclarar lo bastante la naturaleza del proceso histórico y de los factores psicológicos fundamentales que han determinado las corrientes lingüísticas y culturales para poder responder de manera inteligente a esa pregunta. Por mi parte, no podré sino exponer brevemente mis propios puntos de vista, o más bien mi actitud general. Sería muy difícil probar que el "temperamento", la disposición afectiva general de un pueblo,<sup>16</sup> sea la causa determinante del curso y de la corriente de una cultura, por más que se manifieste en el tratamiento que cada individuo da a los elementos de esa cultura. Pero aun suponiendo que el temperamento influya en cierta medida en la configuración de la cultura (aunque es difícil precisar de qué manera), no se sigue de ello que influya del mismo modo en la configuración de la lengua. Es imposible mostrar que la forma de un idioma tenga la menor relación con el temperamento nacional. El curso de sus variaciones, la corriente de su transformación, fluye inexorablemente por el cauce creado por sus antecedentes históricos; es tan independiente de los sentimientos y emociones de sus hablantes como lo es el curso de un río con respecto a la cambiante atmósfera del paisaje. Estoy convencido de que es inútil buscar en la estructura lingüística di-

<sup>16</sup> La palabra "temperamento" no ayuda a aclarar las cosas. Muchas de las manifestaciones que se atribuyen, en forma tan imprecisa, al "temperamento" nacional, no son en realidad sino actos habituales, efecto de los ideales de conducta recibidos por la tradición. Así, en una cultura que no vea con buenos ojos la expresión de los sentimientos personales, la tendencia natural a dar salida a las emociones se refrena más que en otras partes. Sería erróneo deducir que esta inhibición normal de las emociones, que no constituye sino un hecho cultural, es un rasgo temperamental del pueblo. Por lo común sólo podemos considerar la conducta humana a través de sus modificaciones culturales. El temperamento, en cuanto tal, es sumamente difícil de captar.

ferencias que correspondan a las variaciones temperamentales que, según se dice, son inherentes a la raza. A este propósito conviene recordar que el aspecto emotivo de nuestra vida psíquica influye muy poco en la configuración del lenguaje.<sup>17</sup>

El lenguaje está íntimamente ligado con nuestros hábitos de pensamiento; en cierto sentido, ambas cosas no son sino una sola. Como nada nos indica que existan profundas diferencias raciales en la conformación primordial del pensamiento, la inagotable riqueza de la forma lingüística, o sea la infinita variabilidad del verdadero proceso del pensamiento, no puede decirnos nada acerca de tales diferencias raciales profundas. Esto parece una paradoja, pero sólo lo es a primera vista. El contenido latente de todos los idiomas es siempre el mismo: la ciencia intuitiva de la expresión. Es una forma externa que nunca se repite exactamente del mismo modo; pues esa forma que llamamos morfología lingüística no es ni más ni menos que un arte colectivo del pensamiento, un arte libre de todas las incongruencias del sentimiento individual. En último análisis, el lenguaje no puede, pues, brotar de la raza, tal como no puede brotar de ella el soneto.

Y no creo tampoco que exista una verdadera relación causal entre la cultura y el lenguaje. La cultura puede definirse como aquello que una sociedad hace y piensa. El lenguaje, en cambio, es un cómo peculiar del pensamiento. Es difícil comprender qué relaciones causales concretas pueden existir entre el selecto caudal de experiencias (cultura: selección significativa hecha por la sociedad) y el modo característico como la sociedad expresa todas las experiencias. El curso de la cultura, o sea la historia, se compone de una serie compleja de cambios dentro del selecto patrimonio de la sociedad: adiciones, pérdidas, cambios de énfasis y de relación. Por su parte, la corriente del lenguaje nada tiene que ver con los cambios de contenido: sólo con los cambios de la expresión formal. En teoría, es posible

<sup>17</sup> Véase supra, pp. 48-49.

alterar todos los sonidos, vocablos y conceptos concretos de una lengua sin que por eso se modifique en lo más mínimo su realidad interna: dentro de un molde determinado puede verterse agua, yeso u oro derretido. Si se pudiera llegar a demostrar que la cultura tiene una forma innata, una serie de rasgos absolutamente independientes del contenido de cualquier descripción, contaríamos con un término de comparación entre la cultura y el lenguaje, y quizá con una manera de relacionar las dos cosas. Pero mientras no se descubran y expongan tales esquemas puramente formales de la cultura, lo mejor que podemos hacer es mantener separadas la corriente del lenguaje y la de la cultura, como procesos disímiles y no susceptibles de comparación. Es decir que son del todo inútiles los intentos de relacionar ciertos tipos de morfología lingüística con determinadas etapas paralelas de desarrollo cultural. Bien visto, esos paralelismos no existen. Basta una ojeada para confirmar nuestro argumento. En todos los grados de desarrollo cultural se encuentran infinitos tipos de lenguas, simples y complejas. Por lo que toca a la forma lingüística, Platón camina mano a mano con el último porquerizo de Macedonia, y Confucio con el salvaje cazador de cabezas de Assam.

No hace falta decir que el contenido mismo del lenguaje está íntimamente relacionado con la cultura. Una sociedad que no conozca la teosofía no necesita tener un nombre para designarla; los aborígenes que nunca habían visto un caballo ni lo habían oído mencionar se vieron forzados a inventar una palabra o a adoptar una extraña para referirse a ese animal cuando lo vieron con sus propios ojos. Es muy cierto que la historia del lenguaje y la historia de la cultura fluyen por cauces paralelos, en el sentido de que el vocabulario de una lengua refleja con mayor o menor fidelidad la cultura a cuyo servicio se encuentra. Pero esta forma superficial y externa de paralelismo tiene escaso interés para el lingüista, excepto en la medida en que el desarrollo o el préstamo de nuevas palabras ayuda a

aclarar de paso las tendencias formales de la lengua. El lingüista no debe cometer el error de identificar una lengua con su diccionario.

Los argumentos expuestos en el presente capítulo y en el que le precede han sido, en su mayor parte, de orden negativo, pero creo que esas negaciones son saludables. Quizá no haya mejor manera de conocer la naturaleza esencial del habla que ver lo que no es y lo que no hace. Las relaciones superficiales del lenguaje con otros procesos históricos son tan estrechas, que es necesario liberarlo de ellas si queremos examinar el lenguaje por lo que es en sí mismo. Todas las verdades que hemos ido descubriendo acerca del lenguaje nos revelan que se trata de la obra más importante y más monumental que ha llegado a crear el espíritu humano: es nada menos que la forma acabada con que se expresan todas las experiencias susceptibles de comunicación. Esta forma puede sufrir infinitas variaciones en cada individuo, sin que por eso pierda sus contornos característicos. Como todo arte, el lenguaje se está remodelando incesantemente. El lenguaje es el arte de mayor amplitud y solidez que conocemos, es la obra gigantesca y anónima de incontables generaciones.